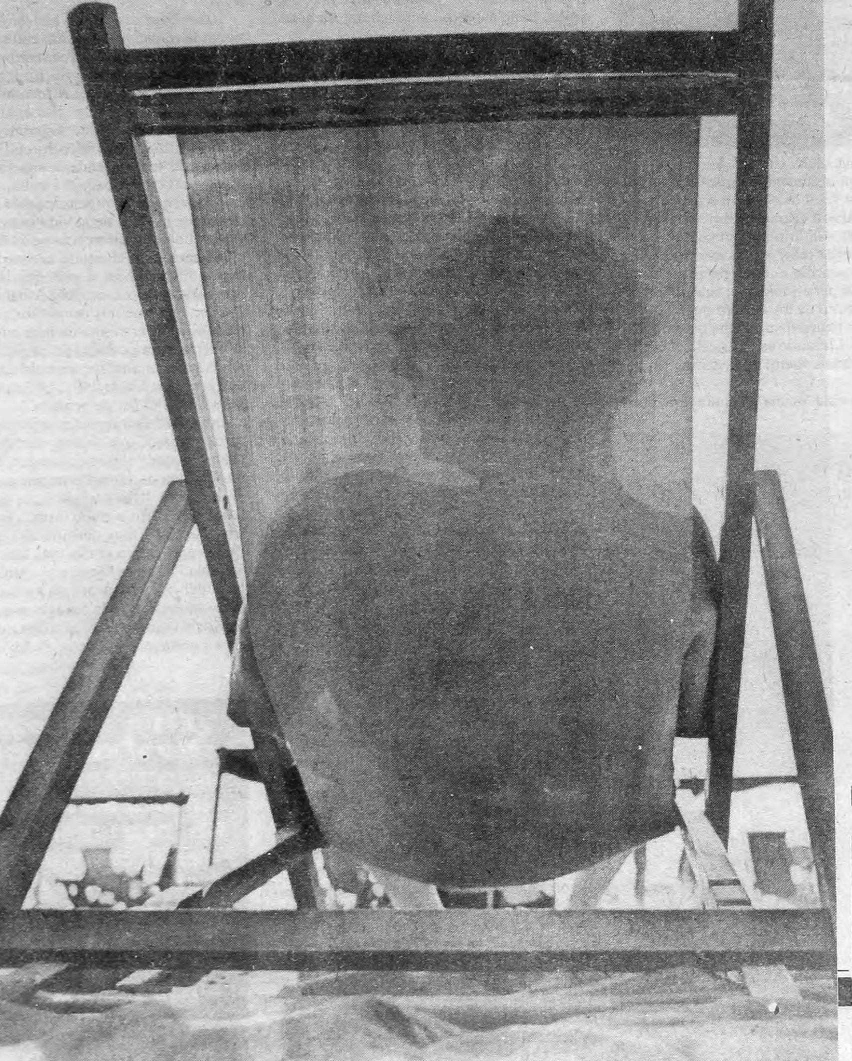
ESPERANDO EL FIN DE SEMANA

Witold Rybczynsky es arquitecto pero escribe libros casi de antropología. Uno de ellos, "La casa, historia de una idea", fue publicado en la Argentina hace un par de meses. Lo que sigue es un adelanto del próximo libro de Rybczynsky que apareció en la revista norteamericana "Atlantic Monthly" en el que Rybczynsky analiza los pro y los contra del fin de semana en la vida cotidiana moderna. ¿Hay o no verdadero ocio en ese par de días en los que de tantas ofertas de deportes y ocio programado uno termina aplicando criterios productivistas igualmente intensos que durante la semana? "El domingo, alguna vez día de descanso, se ha convertido en uno de los dos días en los que, a menudo, se da la más cansadora actividad", dice Rybczynsky.



EL SECRETO DEL O

Por Witold Rybczynsky

La palabra "weekend" comenzó su vida como "week-end" pero perdió su guión en algún lugar del camino, dejando de ser solamente el fin de la semana, y adquiriendo a cambio una existencia autónoma y soberana. "Feliz fin de semana" nos decimos unos a otros, nunca "feliz semana". Hace tiempo la semana constaba de dias de la semana y domingos; hoy consiste en dias de la semana y fin de semana. Pregúntele a la gente por el primer día de la semana y la mayoría contestará lunes, por supuesto; quince años atrás la respuesta hubiera sido domingo. Los calendarios de pared todavia señalan el domingo como el primer día de la semana. Pero, ¿cuánto tiempo durarán estas convenciones? El domingo, alguna vez día de descanso, se ha convertido en uno de los dos dias en los que, a menudo, se da la más cansadora actividad. Aunque seguimos celebrando los días de fiesta religiosos y cívicos tradicionales, éstos son ahora responsables sólo de una porción menor de nuestros días no laborables, y estamos eclipsados por los 104 días de fines de semana seculares.

Para la mayoría de nosotros la vida asume un ritmo diferente durante el fin de semana; dormimos en casa, cortamos el césped, lavamos el auto. También vamos al cine, especialmente cuando hace calor. Viajamos. Y, por supuesto, hacemos ejercicio y jugamos juegos. Algunos de estos pasatiempos, como el tenis, tienen una vieja historia y una nueva popularidad.

Aunque el fin de semana se utiliza para practicar deportes, para hacer las compras y para las tareas hogareñas, es antes que nada una manifestación de la estructura de nuestro ocio. La definición de ocio en el *Oxford English Dictionary* es "tiempo que uno puede pasar como quiera". Esto es, tiempo "libre". Pero en una de sus más populares columnas en *The Illustrated London News*, G.K. Chesterton señalaba que el ocio no debe confundirse con libertad. Contrariamente a lo que la mayoria supone, la presencia del primero de ninguna manera asegura la disponibilidad de la segunda. Esta confusión surge, según Chesterton, porque el término "ocio" es usado para describir tres cosas distintas: "La primera es el permiso para hacer algo. La segunda es el permiso para hacer cualquier cosa. Y la tercera (quizás la más rara y preciosa) es el permiso para hacer nada". La primera, él reconocía, es la forma más común del ocio, y la que últimamente —está escribiendo a comienzos de los años 1890— mostró un incremento mayor. La segunda, la libertad de hacer lo que uno quiere a la hora del ocio, era menos común y tendía a ser dominio de artistas y otros individuos creativos. Era la tercera, sin embargo, la que obviamente era su favorita, porque permitía el haraganeo, en opinión de Chesterton, la forma más verdadera del ocio.

La observación de Chesterton de que la sociedad moderna brinda muchas oportunidades de ocio y "hace que sea más y más fácil lograr hacer algunas cosas e imposible hacer otras" sigue siendo cierta. Si uno quiere jugar al tenis o al golf, por ejemplo, las canchas abundan. ¿Quiere un video? Hay montones de videoclubs en cada barrio.

> **"La falta de despreocupación en nuestra recreación, el sentido de obligación de que las cosas estén bien y el énfasis en el protocolo y el decoro representan una clase de esclavización. La gente solía decir 'jugar' al tenis. Ahora 'trabaja' su revés."**

Chesterton argumentaba que un hombre obligado por falta de elección o presión social a jugar al golf cuando prefiere estar frente a un hobby solitario no es distinto del esclavo que puede tener varias horas de ocio mientras su guardia duerme pero que tiene que estar listo para trabajar en cualquier momento. Ninguno de los dos era dueño de su ocio. Ambos tienen tiempo libre pero no tienen libertad. Llevando este paralelo más allá aún, ¿nos hemos vuelto esclavos del fin de semana?

A primera vista es una pregunta rara, porque es nuestro trabajo el que nos esclaviza, no nuestro tiempo libre. A la gente obsesionada por el trabajo se la llama adicta al trabajo, pero no tenemos una palabra para quien esté poseído por la recreación. Quizás debiéramos. Tengo muchos conocidos para quienes las actividades del fin de semana parecen más importantes que los días de trabajo, que se comportan como si la semana fuera sólo una irritante interferencia en su vida real. A veces tengo la impresión de que para conocer realmente a estos navegantes, escaladores de montañas y amazonas de fin de semana, uno debería acompañarlos en sus salidas y excursiones, verlos en sus hábitats naturales, por asi decir. ¿Vería una persona diferente o simplemente a la misma persona gobernada por convenciones de comportamiento, conducta, equipos y ropaje diferente?

Existe una actitud hacia el juego que es distinta a la del pasado. La mayoría de los deportes al aire libre, que antes se practicaban a tontas y a locas, ahora se llevan a cabo con un alto grado de seriedad. "Profesional" solía ser una palabra que diferenciaba a alguien a quien se le pagaba por ser deportista; hoy la palabra denota a alguien con un alto grado de destreza; un equipo de "calidad profesional" está al alcance y es deseado por todos. Por el contrario, "amateur", esa maravillosa palabra que literalmente significa "amante", ha sido degradada a significar un rango de principiante o de alguien sin un cierto nivel de destreza. "Sólo un amateur", decimos; ya no es, como lo fue antes, un halago.

La falta de despreocupación en nuestra recreación, el sentido de obligación de que las cosas estén bien y el énfasis en el protocolo y el decoro representan una clase de esclavización. La gente solia decir "jugar" al tenis. Ahora "trabaja" su revés. No es difícil imaginar lo que Chesterton hubiera pensado de tal dedicación; es justo la clase de trabajosa búsqueda del juego que él ridiculizaba. "Si algo vale la pena ser hecho —dijo una vez— vale la pena incluso hacerlo mal."

Para Chesterton el ocio era diferente del tipo de recreación típicamente proporcionada por el fin de semana moderno. Sus propios pasatiempos ociosos incluían una mezcla ecléctica de lo bohemio y lo *demodé*. Dibujar, coleccionar armas, jugar con las figuras de cartulina de su teatro de juguetes. El ocio era la oportunidad para las actividades personales, no para la recreación ordenada. Estaba destinado al sueño privado más que al espectáculo público. Si se practicaba un deporte, era por el amor a jugarlo, no para ganar, ni siquiera para jugar bien. Sobre todo el tiempo libre debía quedar así: libre de la carga de convenciones, libre de la necesidad de ocupación. Libre para la "noble costumbre de no hacer nada". Esto no describe el fin de semana moderno.

TRABAJO VERSUS OCIO

¿Qué significa el ciclo *día de semana-fin de semana*? Es otro síntoma de la estandarización y burocratización de la vida, sobre la que todos los días los críticos sociales como Lewis Mumford y Jacques Ellul nos advirtieron. ¿El fin de semana es sólo el astuto truco de marketing de la cultura materialista, un instrumento para aumentar el consumo? ¿Es placebo para contraatacar el aburrimiento y el sinsentido del lugar de trabajo?

¿O es ésta la pregonada Sociedad del Ocio? Si es así, es apenas lo que se anticipaba. Las décadas que precedieron a los años 30 vieron una continua reducción en el número de horas de la semana laboral, de menos de sesenta a justo menos de cincuenta, y durante la Gran Depresión hasta menos de treinta y cinco. Existían todos los motivos para pensar que esta tendencia continuaría y que la jornada laboral sería más y más corta. La automatización haría el resto para llegar al ocio universal. Pero no todos estaban de acuerdo en que esto se traduciría en algo bueno; había mucha especulación sobre lo que la gente haría con su nueva libertad, y algunos psicólogos se preocuparon porque el ocio universal podía convertirse en el aburrimiento universal. Difícil, argumentaban los optimistas; brindaría la oportunidad de un automejoramiento, la educación adulta, y el florecimiento del arte creativo. Otros eran menos optimistas sobre las perspectivas de una facilidad creativa en una sociedad que había glorificado el trabajo.

El ocio universal no llegó, o por lo menos no llegó en la forma esperada. Por un lado, el día laboral parece haberse estabilizado en ocho horas, la automatización redujo los trabajos en ciertas industrias, como se había predicho, pero en su totalidad el empleo ha aumentado y no disminuido, aunque no necesariamente en trabajos ni en pagos. Las mujeres han entrado a formar parte de la fuerza laboral y, como resultado, más (y no menos) personas trabajan; como las tareas del hogar todavia tienen que hacerse, se puede argumentar que en muchas familias hay menos ocio que antes. Por otra parte, el desarrollo del fin de semana ha obligado a una redistribución del tiempo del ocio, que para mucha gente ha acortado efectivamente el largo de la semana laboral. Esta redistribución ha hecho posible emprender la recreación en una variedad insospechada de formas, algunas creativas, otras no, y hacerlo durante todo el año, y no en intervalos anuales.

Todos estos desarrollos han llevado a cuestionar la tradicional relación entre ocio y trabajo, una relación que fue siempre ambivalente para nuestra cultura. En términos generales, hay dos escuelas de pensamiento que se oponen. Por un lado está el ideal, sostenido por pensadores tan dispares como Karl Marx y el filósofo católico Joseph Pieper, según el cual se debe tender a una sociedad cada vez más emancipada del trabajo. Esta noción es semejante al pensamiento aristotélico de que la meta de la vida es la felicidad, y que el ocio, a diferencia de la diversión y la recreación, es el estado necesario para su logro. "A menudo se cree que la felicidad depende del ocio", escribió Aristóteles en su *Ethica*, "porque nos ocupamos para poder tener ocio, de la misma manera que hacemos la guerra para poder vivir en paz". O para ponerlo sucintamente, como decía el título de Loverboy, hit de 1981, estamos "Trabajando para el fin de semana".

Opuesta a ésta aparece la protestante ética de trabajo, que valora el trabajo por sí mismo, y que ve en su reducción, o su eliminación, una degradación impensable de la vida humana. "No hay sustituto para el trabajo, salvo otro trabajo serio", escribió Lewis Mumford, que consideraba que el trabajo significativo era la más alta forma de actividad humana. Según su opinión, el trabajo debería ser su propia recompensa. El ocio, equiparado a la haraganería, es sospechoso; el ocio sin trabajo o desconectado de él es totalmente siniestro. El fin de semana

> **"¿El fin de semana es sólo el astuto truco de marketing de la cultura materialista, un instrumento para aumentar el consumo? ¿Es un placebo para contraatacar el aburrimiento y el sinsentido del lugar de trabajo?"**



EL SECRETO DEL OCIO

Por Witold Rybczynsky

La palabra "weekend" comenzó su vida como "week-end" pero perdió su guión en algún lugar del camino, dejando de ser solamente el fin de la semana, y adquiriendo a cambio una existencia autónoma y soberana. "Feliz fin de semana" nos decimos unos a otros, nunca "feliz semana". Hace tiempo la semana constaba de días de la semana y domingos; hoy consiste en días de la semana y fin de semana. Pregúntele a la gente por el primer día de la semana y la mayoría contestará lunes, por supuesto; quince años atrás la respuesta hubiera sido domingo. Los calendarios de pared todavía señalan el domingo como el primer día de la semana. Pero, ¿cuánto tiempo durarán estas convenciones? El domingo, alguna vez día de descanso,. se ha convertido en uno de los dos días en los que, a menudo, se da la más cansadora actividad. Aunque seguimos celebrando los días de fiesta religiosos y cívicos tradicionales, éstos son ahora responsables sólo de una porción menor de nuestros días no laborables, y estamos eclipsados por los 104 días de fines de semana seculares.

Para la mayoría de nosotros la vida asume un ritmo diferente durante el fin de semana; dormimos en casa, cortamos el césped, lavamos el auto. También vamos al cine, especialmente cuando hace calor. Viajamos. Y, por supuesto, hacemos ejercicio y jugamos juegos. Algunos de estos pasatiempos, como el tenis, tienen una vieja historia y una nueva popularidad.

Aunque el fin de semana se utiliza para practicar deportes, para hacer las compras y para las tareas hogareñas, es antes que nada una manifestación de la estructura de nuestro ocio. La definición de ocio en el *Oxford English Dictionary* es "tiempo que uno puede pasar como quiera". Esto es, tiempo "libre". Pero en una de sus más populares columnas en *The Illustrated London News*, G.K. Chesterton señalaba que el ocio no debe confundirse con libertad. Contrariamente a lo que la mayoría supone, la presencia del primero de ninguna manera asegura la disponibilidad de la segunda. Esta confusión surge, según Chesterton, porque el término "ocio" es usado para describir tres cosas distintas: "La primera es el permiso para hacer algo. La segunda es el permiso para hacer cualquier cosa. Y la tercera (quizás la más rara y preciosa) es el permiso para hacer nada". La primera, él reconocía, es la forma más común del ocio, y la que últimamente —está escribiendo a comienzos de los años 1890— mostró un incremento mayor. La segunda, la libertad de hacer lo que uno quiere a la hora del ocio, era menos común y tendía a ser dominio de artistas y otros individuos creativos. Era la tercera, sin embargo, la que obviamente era su favorita, porque permitía el haraganeo, en opinión de Chesterton, la forma más verdadera del ocio.

La observación de Chesterton de que la sociedad moderna brinda muchas oportunidades de ocio y "hace que sea más y más fácil lograr hacer algunas cosas e imposible hacer otras" sigue siendo cierta. Si uno quiere jugar al tenis o al golf, por ejemplo, las canchas abundan. ¿Quiere un video? Hay montones de videoclubs en cada barrio.

"La falta de despreocupación en nuestra recreación, el sentido de obligación de que las cosas estén bien y el énfasis en el protocolo y el decoro representan una clase de esclavización. La gente solía decir 'jugar' al tenis. Ahora 'trabaja' su revés."

Chesterton argumentaba que un hombre obligado por falta de elección o presión social a jugar al golf cuando prefiere estar frente a un hobby solitario no es distinto del esclavo que puede tener varias horas de ocio mientras su guardia duerme pero que tiene que estar listo para trabajar en cualquier momento. Ninguno de los dos era dueño de su ocio. Ambos tienen tiempo libre pero no tienen libertad. Llevando este paralelo más allá aún, ¿nos hemos vuelto esclavos del fin de semana?

A primera vista es una pregunta rara, porque es nuestro trabajo el que nos esclaviza, no nuestro tiempo libre. A la gente obsesionada por el trabajo se la llama adicta al trabajo, pero no tenemos una palabra para quien esté poseído por la recreación. Quizás debiéramos. Tengo muchos conocidos para quienes las actividades del fin de semana parecen más importantes que los días de trabajo, que se comportan como si la semana fuera sólo una irritante interferencia en su vida real. A veces tengo la impresión de que para conocer realmente a estos navegantes, escaladores de montañas y amazonas de fin de semana, uno debería acompañarlos en sus salidas y excursiones, verlos en sus hábitats naturales, por así decir. ¿Vería una persona diferente o simplemente a la misma persona gobernada por convenciones de comportamiento, conducta, equipos y ropaje diferente?

Existe una actitud hacia el juego que es distinta a la del pasado. La mayoría de los deportes al aire libre, que antes se practicaban a tontas y a locas, ahora se llevan a cabo con un alto grado de seriedad. "Profesional" solía ser una palabra que diferenciaba a alguien a quien se le pagaba por ser deportista; hoy la palabra denota a alguien con un alto grado de destreza; un equipo de "calidad profesional" está al alcance y es deseado por todos. Por el contrario, "amateur", esa maravillosa palabra que literalmente significa "amante", ha sido degradada a significar un rango de principiante o de alguien sin un cierto nivel de destreza. "Sólo un amateur", decimos; ya no es, como lo fue antes, un halago.

La falta de despreocupación en nuestra recreación, el sentido de obligación de que las cosas estén bien y el énfasis en el protocolo y el decoro representan una clase de esclavización. La gente solía decir "jugar" al tenis. Ahora "trabaja" su revés. No es difícil imaginar lo que Chesterton hubiera pensado de tal dedicación; es justo la clase de trabajosa búsqueda del juego que él ridiculizaba. "Si algo vale la pena ser hecho —dijo una vez— vale la pena incluso hacerlo mal."

Para Chesterton el ocio era diferente del tipo de recreación típicamente proporcionada por el fin de semana moderno. Sus propios pasatiempos ociosos incluían una mezcla ecléctica de lo bohemio y lo *demodé*. Dibujar, coleccionar armas, jugar con las figuras de cartulina de su teatro de juguetes. El ocio era la oportunidad para las actividades personales, no para la recreación ordenada. Estaba destinado al sueño privado más que al espectáculo público. Si se practicaba un deporte, era por el amor a jugarlo, no para ganar, ni siquiera para jugar bien. Sobre todo el tiempo libre debía quedar así: libre de la carga de convenciones, libre de la necesidad de ocupación. Libre para la "noble costumbre de no hacer nada". Esto no describe el fin de semana moderno.

TRABAJO VERSUS OCIO

¿Qué significa el ciclo *día de semana-fin de semana*? Es otro síntoma de la estandarización y burocratización de la vida, sobre la que todos los días los críticos sociales como Lewis Mumford y Jacques Ellul nos advirtieron. ¿El fin de semana es sólo el astuto truco de marketing de la cultura materialista, un instrumento para aumentar el consumo? ¿Es placebo para contraatacar el aburrimiento y el sinsentido del lugar de trabajo?

¿O es ésta la pregonada Sociedad del Ocio? Si es así, es apenas lo que se anticipaba. Las décadas que precedieron a los años 30 vieron una continua reducción en el número de horas de la semana laboral, de menos de sesenta a justo menos de cincuenta, y durante la Gran Depresión hasta menos de treinta y cinco. Existían todos los motivos para pensar que esta tendencia continuaría y que la jornada laboral sería más y más corta. La automatización haría el resto para llegar al ocio universal. Pero no todos estaban de acuerdo en que esto se traduciría en algo bueno; había mucha especulación sobre lo que la gente haría con su nueva libertad, y algunos psicólogos se preocuparon porque el ocio universal podía convertirse en el aburrimiento universal. Difícil, argumentaban los optimistas; brindaría la oportunidad de un automejoramiento, la educación adulta, y el florecimiento del arte creativo. Otros eran menos optimistas sobre las perspectivas de una facilidad creativa en una sociedad que había glorificado el trabajo.

El ocio universal no llegó, o por lo menos no llegó en la forma esperada. Por un lado, el día laboral parece haberse estabilizado en ocho horas, la automatización redujo los trabajos en ciertas industrias, como se había predicho, pero en su totalidad el empleo ha aumentado y no disminuido, aunque no necesariamente en trabajos ni en pagos. Las mujeres han entrado a formar parte de la fuerza laboral y, como resultado, más (y no menos) personas trabajan; como las tareas del hogar todavía tienen que hacerse, se puede argumentar que en muchas familias hay menos ocio que antes. Por otra parte, el desarrollo del fin de semana ha obligado a una redistribución del tiempo del ocio, que para mucha gente ha acortado efectivamente el largo de la semana laboral. Esta redistribución ha hecho posible emprender la recreación en una variedad insospechada de formas, algunas creativas, otras no, y hacerlo durante todo el año, y no en intervalos anuales.

Todos estos desarrollos han llevado a cuestionar la tradicional relación entre ocio y trabajo, una relación que fue siempre ambivalente para nuestra cultura. En términos generales, hay dos escuelas de pensamiento que se oponen. Por un lado está el ideal, sostenido por pensadores tan dispares como Karl Marx y el filósofo católico Joseph Pieper, según el cual se debe tender a una sociedad cada vez más emancipada del trabajo. Esta noción es semejante al pensamiento aristotélico de que la meta de la vida es la felicidad, y que el ocio, a diferencia de la diversión y la recreación, es el estado necesario para su logro. "A menudo se cree que la felicidad depende del ocio", escribió Aristóteles en su *Ethica*, "porque nos ocupamos para poder tener ocio, de la misma manera que hacemos la guerra para poder vivir en paz". O para ponerlo sucintamente, como decía el título de Loverboy, hit de 1981, estamos "Trabajando para el fin de semana".

Opuesta a ésta aparece la protestante ética de trabajo, que valora el trabajo por sí mismo, y que ve en su reducción, o su eliminación, una degradación impensable de la vida humana. "No hay sustituto para el trabajo, salvo otro trabajo serio", escribió Lewis Mumford, que consideraba que el trabajo significativo era la más alta forma de actividad humana. Según su opinión, el trabajo debería ser su propia recompensa. El ocio, equiparado a la haraganería, es sospechoso; el ocio sin trabajo o desconectado de él es totalmente siniestro. El fin de semana no es tiempo libre sino un recreo, un intervalo.

"¿El fin de semana es sólo el astuto truco de marketing de la cultura materialista, un instrumento para aumentar el consumo? ¿Es un placebo para contraatacar el aburrimiento y el sinsentido del lugar de trabajo?"

Pero me estoy adelantando. Primero quiero examinar algo que arrojará luz sobre la relación trabajo/ocio; cómo llegamos a adoptar una rigurosa división de nuestra vida (¡de todos los días!) en cinco días de trabajo y dos de juego, y de cómo el fin de semana se convirtió en la principal institución temporal de la modernidad. Y cómo, a su vez, esta estructura universalmente aceptada afectó el curso y naturaleza de nuestro ocio, ya sea jugando al golf, haciendo bricolaje en casa o simplemente soñando despiertos.

La semana es una unidad de medida corta, alrededor de la cual la gente puede organizar sus vidas, su trabajo y su ocio. Al mismo tiempo, la semana es un dispositivo simple y memorizable para relacionar actividades de todos los días a preocupaciones sobrenaturales, ya fuera que éstas involucraran obedecer un mandamiento de Jehová, conmemorar la resurrección de Cristo, recibir la influencia de la deidad planetaria, o las tres juntas. Las raíces de la semana como unidad de medida del tiempo se encuentran en lo profundo, demasiado profundo para comprenderlas totalmente. Un aire de misterio rodea la semana; quizás eso también es parte de su atractivo. Es un rito que ha sido destilado durante siglos de uso, moldeado a través de la creencia común y el uso ordinario. Sobre todo, es una práctica *popular*, que se impuso sin sanción magistral. Y esto, quizás más que cualquier otra cosa, explica su duración.

El ciclo de siete días provee una estructura conveniente para el ritmo repetitivo de la actividad diaria. En la antigüedad incluía no sólo un día para la adoración, sino también un día para hornear el pan, para lavar, para limpiar la casa, para ir al mercado y para descansar. Seguramente esta cualidad repetitiva ha sido siempre una de las atracciones de la semana (y del fin de semana). "Una vez por semana" es una de las más comunes medidas de tiempo. La semana planetaria no es un gran cronómetro de movimientos celestes o una norma de cambios de estación. Es algo a la vez más profundo y más simple: una medida de vida ordinaria, de todos los días.

DE DIA LIBRE EN DIA LIBRE

El *Oxford English Dictionary* encuentra el primer uso registrado de la palabra "week-end" (fin de semana) en una edición de *Notes and Queries* de 1879, una revista británica. "En Staffordshire, si una persona deja la casa al final de la semana laboral en la tarde del sábado para pasar la noche del sábado y el domingo siguiente con amigos a distancia —sigue citando la revista—, se dice que está pasando su *week-end* en tal lugar." Esta es obviamente una definición que sugiere que la palabra recién ha entrado en uso. Es importante señalar que la "semana laboral" es descripta como terminando el sábado por la tarde. Fue precisamente este temprano final de semana que produjo el período de vacación de un día y medio, el primer fin de semana. Esta innovación, y fue únicamente británica, sucedió aproximadamente en la tercera parte del siglo XIX.

A través de las décadas del 20 y 30, psiquiatras, psicólogos y científicos sociales publicaron docenas de artículos y libros de diversa naturaleza sobre los peligros de lo que a menudo se llamó Nuevo Ocio. Había un difundido sentimiento de que la clase trabajadora no iba a saber qué hacer con su creciente tiempo libre. El tema subyacente era antiguo: menos trabajo significaba más ocio, más ocio conducía a la haraganería y las manos ociosas, como todos saben, están maduras para las manos de Satán. Este era precisamente el argumento que daban los que apoyaban la Prohibición, que sostenía que menos horas de trabajo les brindaban a los trabajadores más tiempo libre que ellos aprovecharían para beber. No importa cuáles sean los méritos de este argumento, y sin duda el beber era popular, pero uno siente que esta y otras "preocupaciones" disfrazan una escasa voluntad de aceptar la libertad personal que está implícita en el ocio. El pesimismo de los intelectuales sobre la habilidad de la gente común para divertirse siempre fue profundo, y nunca tanto como cuando las diversiones populares no están de acuerdo con las nociones de los intelectuales de lo que constituye un buen rato.

TIEMPO SAGRADO

El fin de semana ha impuesto un horario rígido a nuestro tiempo libre, que puede resultar urgencia (pronto será lunes) y que está enfrentado a la relajación. La corrida semanal a la casa-quinta o al country o al club no es ocio, ni lo es tampoco la compresión de varias actividades recreacionales en un recreo de dos días. La libertad de hacer cualquier cosa se ha convertido en la obligación de hacer algo y la lista de recreaciones concienzudas incluye severas disciplinas que intentan un automejoramiento (ejercicios físicos, jogging, andar en bicicleta) deportes competitivos (tenis, golf) y pasatiempos que son pruebas de habilidad (esquiar, navegar).

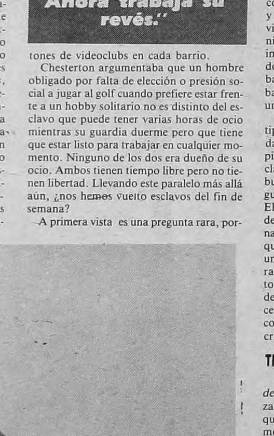
Las recreaciones como el tenis y la navegación no son nuevas, pero antes de la llegada del fin de semana eran, para la mayoría de la gente, actividades de temporada especialmente. Una vez al año, cuando llegaban las vacaciones, se buscaban las raquetas en el fondo del placard, los trajes de baño se sacaban de las bolsas con naftalina o se lustraban los esquíes. El acento no estaba puesto tanto en la técnica como en pasar un buen rato. Ahora, la disponibilidad de tiempo libre cada semana ha cambiado esta actitud casual. La misma frecuencia de las recreaciones de fin de semana permite la participación continua y el mejoramiento, que alientan el desarrollo de la maestría y la habilidad.

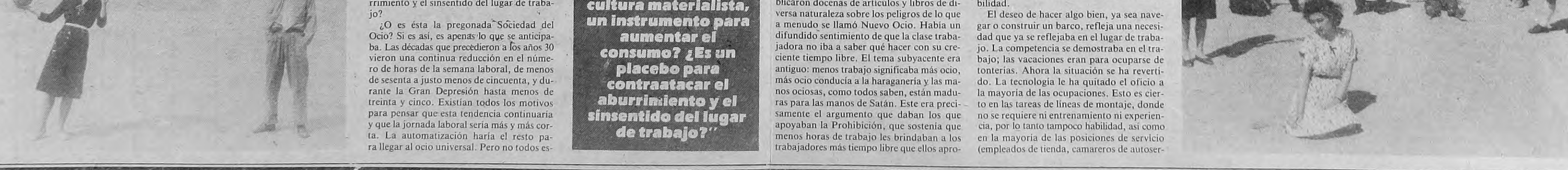
El deseo de hacer algo bien, ya sea navegar o construir un barco, refleja una necesidad que ya se reflejaba en el lugar de trabajo. La competencia se demostraba en el trabajo; las vacaciones eran para ocuparse de tonterías. Ahora la situación se ha revertido. La tecnología le ha quitado el oficio a la mayoría de las ocupaciones. Esto es cierto en las tareas de líneas de montaje, donde no se requiere ni entrenamiento ni experiencia, por lo tanto tampoco habilidad, así como en la mayoría de las posiciones de servicio (empleados de tienda, camareros de autoservicios), donde el único talento que se requiere es sonreír y decir "Tenga un buen día". Pero también es cierto en trabajos tan dependientes de la habilidad como la construcción de casas, donde la mayoría de las partes llegan listas de fábrica y el carpintero sólo las ensambla, o la reparación de automóviles que consiste en gran parte en reemplazar una pieza por otra. La reducción de la habilidad o destreza no está limitada al trabajo manual. La memoria, una vez un prerrequisito del oficinista, ahora es algo superfluo, gracias a las computadoras; los maestros, que una vez necesitaron habilidades dramáticas, ahora dependen de ayudas mecánicas.

"La libertad de hacer cualquier cosa se ha convertido en la obligación de hacer algo y la lista de recreaciones concienzudas incluye severas disciplinas que intentan el automejoramiento: deportes competitivos y pasatiempos que son pruebas de habilidad."

De aquí, un desarrollo inesperado en la historia del ocio: para mucha gente, el tiempo libre del fin de semana se ha convertido no en una oportunidad de escapar al trabajo, sino en una oportunidad de crear trabajo que es más significativo, trabajar en los momentos de recreación, para conseguir las satisfacciones personales que el lugar de trabajo ya no ofrece.

El "ocio" es la palabra peor entendida de uestro vocabulario. A menudo usamos las palabras "recreación" y "ocio" intercambiadas, pero corporizan dos ideas diferentes. La recreación lleva en sí un sentido de necesidad y propósito. No importa cuán placentero este antídoto del trabajo pueda resultar, es una forma de empleo activo, comprometido con un fin específico en mente, un refresco del espíritu o del cuerpo, o de ambos. Implícita en esta idea de renovación, generalmente renovación organizada, está la noción de que la recreación es a la vez una consecuencia del trabajo y una preparación para más trabajo.







OCIO

no es tiempo libre sino un recreo, un intervalo.

Pero me estoy adelantando. Primero quiero examinar algo que arrojará luz sobre la relación trabajo/ocio; cómo llegamos a adoptar una rigurosa división de nuestra vida (¡de todos los días!) en cinco días de trabajo y dos de juego, y de cómo el fin de semana se convirtió en la principal institución temporal de la modernidad. Y cómo, a su vez, esta estructura universalmente aceptada afectó el curso y naturaleza de nuestro ocio, ya sea jugando al golf, haciendo bricolaje en casa o simplemente soñando despiertos.

La semana es una unidad de medida corta, alrededor de la cual la gente puede organizar sus vidas, su trabajo y su ocio. Al mismo tiempo, la semana es un dispositivo simple y memorizable para relacionar actividades de todos los días a preocupaciones sobrenaturales, ya fuera que éstas involucraran obedecer un mandamiento de Jehová, conmemorar la resurrección de Cristo, recibir la influencia de la deidad planetaria, o las tres juntas. Las raíces de la semana como unidad de medida del tiempo se encuentran en lo profundo, demasiado profundo para comprenderlas totalmente. Un aire de misterio rodea la semana; quizás eso también es parte de su atractivo. Es un rito que ha sido destilado durante siglos de uso, moldeado a través de la creencia común y el uso ordinario. Sobre todo, es una práctica *popular*, que se impuso sin sanción magistral. Y esto, quizás más que cualquier otra cosa, explica su duración.

El ciclo de siete días provee una estructura conveniente para el ritmo repetitivo de la actividad diaria. En la antigüedad incluía no sólo un día para la adoración, sino también un día para hornear el pan, para lavar, para limpiar la casa, para ir al mercado y para descansar. Seguramente esta cualidad repetitiva ha sido siempre una de las atracciones de la semana (y del fin de semana). "Una vez por semana" es una de las más comunes medidas de tiempo. La semana planetaria no es un gran cronómetro de movimientos celestes o una norma de cambios de estación. Es algo a la vez más profundo y más simple: una medida de vida ordinaria, de todos los días.

DE DIA LIBRE EN DIA LIBRE

El *Oxford English Dictionary* encuentra el primer uso registrado de la palabra "weekend" (fin de semana) en una edición de *Notes and Queries* de 1879, una revista británica. "En Staffordshire, si una persona deja la casa al final de la semana laboral en la tarde del sábado para pasar la noche del sábado y el domingo siguiente con amigos a distancia —sigue citando la revista—, se dice que está pasando su *week-end* en tal lugar." Esta es obviamente una definición que sugiere que la palabra recién ha entrado en uso. Es importante señalar que la "semana laboral" es descripta como terminando el sábado por la tarde. Fue precisamente este temprano final de semana que produjo el período de vacación de un día y medio, el primer fin de semana. Esta innovación, y fue únicamente británica, sucedió aproximadamente en la tercera parte del siglo XIX.

A través de las décadas del 20 y 30, psiquiatras, psicólogos y científicos sociales publicaron docenas de artículos y libros de diversa naturaleza sobre los peligros de lo que a menudo se llamó Nuevo Ocio. Había un difundido sentimiento de que la clase trabajadora no iba a saber qué hacer con su creciente tiempo libre. El tema subyacente era antiguo: menos trabajo significaba más ocio, más ocio conducía a la haraganería y las manos ociosas, como todos saben, están maduras para las manos de Satán. Este era precisamente el argumento que daban los que apoyaban la Prohibición, que sostenía que menos horas de trabajo les brindaban a los trabajadores más tiempo libre que ellos aprovecharían para beber. No importa cuáles sean los méritos de este argumento, y sin duda el beber era popular, pero uno siente que esta y otras "preocupaciones" disfrazan una escasa voluntad de aceptar la libertad personal que está implícita en el ocio. El pesimismo de los intelectuales sobre la habilidad de la gente común para divertirse siempre fue profundo, y nunca tanto como cuando las diversiones populares no están de acuerdo con las nociones de los intelectuales de lo que constituye un buen rato.



"La libertad de hacer cualquier cosa se ha convertido en la obligación de hacer algo y la lista de recreaciones concienzudas incluye severas disciplinas que intentan el automejoramiento: deportes competitivos y pasatiempos que son pruebas de habilidad."

TIEMPO SAGRADO

El fin de semana ha impuesto un horario rígido a nuestro tiempo libre, que puede resultar urgencia (pronto será lunes) y que está enfrentado a la relajación. La corrida semanal a la casa-quinta o al country o al club no es ocio, ni lo es tampoco la compresión de varias actividades recreacionales en un recreo de dos días. La libertad de hacer cualquier cosa se ha convertido en la obligación de hacer algo y la lista de recreaciones concienzudas incluye severas disciplinas que intentan un automejoramiento (ejercicios físicos, jogging, andar en bicicleta) deportes competitivos (tenis, golf) y pasatiempos que son pruebas de habilidad (esquiar, navegar).

Las recreaciones como el tenis y la navegación no son nuevas, pero antes de la llegada del fin de semana eran, para la mayoría de la gente, actividades de temporada especialmente. Una vez al año, cuando llegaban las vacaciones, se buscaban las raquetas en el fondo del placard, los trajes de baño se sacaban de las bolsas con naftalina o se lustraban los esquíes. El acento no estaba puesto tanto en lo que cuesta como en pasar un buen rato. Ahora, la disponibilidad de tiempo libre cada semana ha cambiado esta actitud casual. La misma frecuencia de las recreaciones de fin de semana permite la participación continua y el mejoramiento, que alientan el desarrollo de la maestría y la habilidad.

El deseo de hacer algo bien, ya sea navegar o construir un barco, refleja una necesidad que ya se reflejaba en el lugar de trabajo. La competencia se demostraba en el trabajo; las vacaciones eran para ocuparse de tonterías. Ahora la situación se ha revertido. La tecnología le ha quitado el oficio a la mayoría de las ocupaciones. Esto es cierto en las tareas de líneas de montaje, donde no se requiere ni entrenamiento ni experiencia, por lo tanto tampoco habilidad, así como en la mayoría de las posiciones de servicio (empleados de tienda, camareros de autoservicios), donde el único talento que se requiere es sonreír y decir "Tenga un buen día". Pero también es cierto en trabajos tan dependientes de la habilidad como la construcción de casas, donde la mayoría de las partes llegan listas de fábrica y el carpintero sólo las ensambla, o la reparación de automóviles que consiste en gran parte en reemplazar una pieza por otra. La reducción de la habilidad o destreza no está limitada al trabajo manual. La memoria, una vez un prerrequisito del oficinista, ahora es algo superfluo, gracias a las computadoras; los maestros, que una vez necesitaron habilidades dramáticas, ahora dependen de ayudas mecánicas.

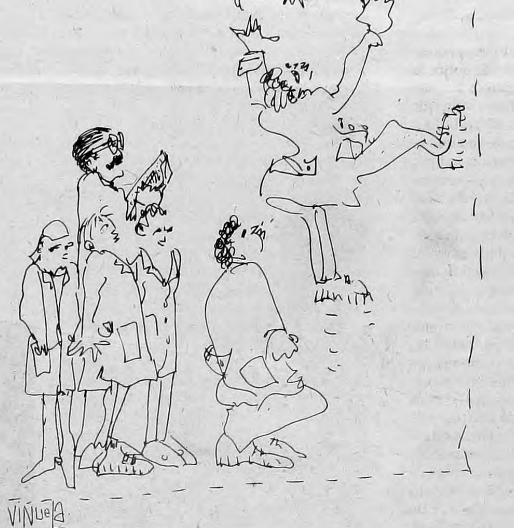
De aquí, un desarrollo inesperado en la historia del ocio: para mucha gente, el tiempo libre del fin de semana se ha convertido no en una oportunidad de escapar al trabajo, sino en una oportunidad de crear trabajo que es más significativo, trabajar en los momentos de recreación, para conseguir las satisfacciones personales que el lugar de trabajo ya no ofrece.

El "ocio" es la palabra peor entendida de uestro vocabulario. A menudo usamos las palabras "recreación" y "ocio" intercambiadas, pero corporizan dos ideas diferentes. La recreación lleva en sí un sentido de necesidad y propósito. No importa cuán placentero este antídoto del trabajo pueda resultar, es una forma de empleo activo, comprometido con un fin específico en mente, un refresco del espíritu o del cuerpo, o de ambos. Implícita en esta idea de renovación, generalmente renovación organizada, está la noción de que la recreación es a la vez una consecuencia del trabajo y una preparación para más trabajo.



Según un informe de FLACSO

SECUNDARIOS, SOLO POR EL TITULO



Por Sergio A. Lozano

Es posible imaginar que a pesar de la tan de moda estabilidad, una porción importante de la población argentina se queda afuera del proyecto educativo. Datos sin representatividad estadística pero no por eso poco ejemplificadores señalan que cerca del 50 por ciento de los alumnos que concurren a una escuela primaria del segmento más inferior de la educación jamás pondrán sus pies en un secundario. Cuando se salta un escalón más arriba en la "jerarquía escolar", la deserción ronda el 31 por ciento.

El camino a recorrer es el siguiente: peor nivel socioeconómico, peor escuela y deserción temprana. Además, si un hijo de un trabajador manual logra ingresar a un secundario de los segmentos educativos intermedio y superior, difícilmente se llevará un diploma al cabo de cinco años. Desde la primera "Aurora" y la primera izada de bandera, desde "Jacinta Pichimahuida" hasta "Socorro Quinto Año", se inicia una carrera de obstáculos que parece no tener en la meta de llegada el premio correspondiente. Hay castigo para los que abandonan pero también para los que perduran en el sistema. Según estudios de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) publicados en el último número de *Ciencia Hoy* el tránsito de los jóvenes por el nivel medio educativo argentino es predominantemente un proceso de selección social y no de apropiación de conocimientos. Dicho en otras palabras, cinco años de claustros parecen limitarse a cumplir con ciertas pautas sociales para la mera obtención de un título.

"La carrera de la educación en la Argentina parece ser un espacio particularmente exitoso en la selección social de los estudiantes a quienes ofrece sus servicios", señala el trabajo de la FLACSO. "Esto quiere decir que excluye a los alumnos cuyos padres realizan trabajos ubicados en los escalones más bajos de la escala socioocupacional y retiene a los alumnos cuyos padres se desempeñan en tareas situadas en los escalones intermedios y altos. El nivel medio del sistema educativo juega un papel crucial en esta selección". Pero paradójicamente, señala el estudio, el sistema educativo selecciona sin garantizar apropiación de conocimientos a los seleccionados.

"La selección social a través de la escuela es un proceso que ocurre en todos los países del mundo", escribe Cecilia Braslavsky, investigadora de la FLACSO, en *Ciencia Hoy*. "En ese sentido, los hallazgos de los proyectos de la FLACSO no hacen más que redescubrir para la Argentina un fenómeno ampliamente analizado para Estados Unidos, Francia o Venezuela. Pero la característica peculiar de nuestro caso es que el beneficio que obtienen quienes han sido seleccionados, al menos por el sector público, pero probablemente también por innumerables instituciones del sector privado —no olvidemos que éste se nutre con profesores preparados en las mismas instituciones que el público y que, en general, rige sus actividades por los mismos planes y programas— parece limitarse a la mera obtención de un título."

Desde 1984 a 1990, los integrantes del área de Educación y Sociedad de la FLACSO llevaron a cabo catorce investigaciones centradas en la educación secundaria de la Argentina con énfasis en los establecimientos dependientes de la Dirección Nacional de Enseñanza Media del Ministerio de Educación y Justicia. Seleccionaron intencionalmente algunas escuelas primarias y colegios secundarios para investigar en ellos una serie de probemas asociados, efectuaron también encuestas a más de 4000 alumnos de escuelas primarias que estaban preparando su ingreso al secundario, a estudiantes de primero y quinto año y realizaron el seguimiento de alumnos y egresados en momentos claves de su vida durante un período de 6 a 12 meses. También entrevistaron en sus casas y en sus lugares de trabajo a un porcentaje significativo de padres y de egresados de escuelas primarias que no ingresaban al secundario y realizaron cerca de 250 entrevistas con docentes, directivos y científicos de disciplinas como historia y biología.

El contacto directo con los usuarios del sistema educativo puso de manifiesto ciertos aspectos que pasan desapercibidos a primera vista. Una prueba de Lengua idéntica aplicada a los alumnos de primero y quinto año de colegios secundarios de tres segmentos educativos diferentes —distintos recursos material y edilicios, diversos recursos humanos, disímiles modelos pedagógicos, etc.— trajo a la luz que la mejora en el dominio de la materia no era extremadamente significativa y que, en todo caso, lo era mucho más en el segmento inferior, donde el punto de partida había sido más bajo. "A lo largo de cinco años de labor pedagógica —escribe Braslavsky— no se había logrado que los jóvenes ya socialmente seleccionados de modo que persistieran en forma muy predominante quienes tienen acceso a televisión libros, videos, cine teatro, etc., manejaran el idioma en el nivel deseable —y posible desde otras experiencias históricas en nuestro sistema educativo— para egresados del nivel primario."

Las escuelas y colegios del segmento superior del sistema educativo suelen tener mejores edificios, mejor equipamiento, maestros y profesores con un mayor nivel de formación, más horas de clases y otras condiciones favorables que las de los sectores inferior e intermedio. Sería lógico suponer que estas diferencias deberían traducirse en una mejor preparación de sus egresados. Sin embargo, el trabajo de FLACSO señala que más importante que estas diferencias es la "homogeneidad en el no saber". En términos absolutos, esos alumnos, provenientes de una escala socioeconómica más elevada y con mayores ofertas para su educación, "sabían más bien poco".

El círculo se cierra con los estudiantes, docentes, rectores e inspectores que, metidos dentro del remolino, no pueden ver el flujo del agua. Los estudiantes próximos a egresar en 1987 de ocho colegios secundarios de distintos segmentos del sistema educativo no percibían la selección social que se operaba a través del mismo y evaluaron la educación recibida con cierta magnanimidad. Más allá de las causas entre las que obviamente pesa el justificar el propio éxito y tantos años de permanencia en el sistema educativo, lo verdaderamente grave es que esta interpretación de la realidad lleva, según Braslavsky, "a la parálisis en la producción de demandas específicas por el mejoramiento de la calidad de la oferta educativa desde el lugar de los usuarios en la educación". La misma parálisis, revelan los estudios de la FLACSO, se da en los agentes del sistema: docentes, inspectores, directores que antes de adjudicarle al secundario un papel fundamental en la distribución de conocimientos y habilidades, le atribuyen funciones "sumamente vagas y ambiguas". Para Braslavsky, "la función primordial del nivel secundario no es considerada como una función relevante, y en algunos casos, hasta se refuta su actual vigencia".

¿QUE OYE EL HUESO?

Por María Estela Zayas (CyT)

Se dice que las tortugas oyen con su caparazón, por lo que cargan con el tímpano sobre sus espaldas. Ellas, atrasadas en la evolución, usan su dura cubierta para recoger vibraciones que el hombre percibe a través de esa estructura de exquisito diseño que es el oído.

Aun así, el hueso puede llegar a ser para este último una vía de comunicación alternativa, máxime en los casos de individuos con trastornos de la audición.

Martin Lenhardt y colaboradores de la Universidad de Virginia, en Estados Unidos, han publicado recientemente un trabajo en el que demuestran la capacidad de sordos profundos para cumplir con tareas de reconocimiento de la palabra, cuando ésta ha sido previamente convertida en ultrasonido y conducida de esta forma por vía ósea.

Que los sólidos transmiten los sonidos más eficientemente que los líquidos y éstos, a su vez, mejor que el aire, explica que el hueso sea un canal de transmisión particularmente sensible, capaz de conducir vibraciones que superan incluso el rango audible.

"Normalmente, el oído humano es capaz de percibir ondas sonoras —que ingresan a él por la vía aérea convencional— con frecuencias no mayores de los 20.000 ciclos por segundo, o hertz (haz)", señala el ingeniero Daniel Gavinowich, del laboratorio de electroacústica de la Facultad de Ingeniería de la UBA.

Sin embargo, se ha visto que, estimulando el hueso temporal del cráneo con frecuencias que pueden llegar hasta los 90.000 hz, existe también percepción de sonido a nivel de la corteza cerebral.

Ello sugiere que las altas frecuencias —ultrasonido— transmitidas por el hueso son procesadas en una modalidad diferente de la clásica estimulación del aparato sensorial. A lo sumo, cuando individuos que padecen de severas insuficiencias auditivas han sido capaces de responder al estímulo de la palabra transportada en forma de ultrasonido.

"La idea es novedosa", comenta a su vez el doctor Juan Manuel Tato, profesor emérito de otorrinolaringología de la UBA y de la Universidad del Salvador. Y aclara: "Según ella, una onda portadora, el ultrasonido, actúa como 'caballito' en el cual viaja una señal inteligente, tal como llaman los ingenieros a las palabra, o sea, el mensaje que se quiere comunicar. Lo aplican además por vía ósea, por ser éste un canal de conducción más eficaz que la vía aérea. En estas condiciones, los autores han demostrado que el mensaje puede ser entendido, es decir, oído".

En otros términos, "se modula la palabra dentro del rango de frecuencias del ultrasonido, un recurso habitualmente utilizado en la radiodifusión", acota el ingeniero Gavinowich.

"Una vez que el oído ha perdido la audición por lesión del órgano de Corti —clave para la conversión de energía vibratoria en energía eléctrica—, es generalmente muy difícil poder recuperarlo con tratamiento médico o quirúrgico. En estos casos existen otras soluciones, como ser los implantes, los audífonos e incluso la labiolectura", señala el doctor Tato.

Se podría agregar entonces que, a partir de este singular modo de procesar el sonido postulado por los científicos, se suma una nueva opción para el tratamiento de las sorderas.

"Quedaría por comprender de qué manera el mensaje, que llega por vía ósea, es capaz de excitar las fibras nerviosas en ausencia del órgano de Corti como es el caso de los sordos profundos estudiados por los investigadores", observa el profesor Tato.

Por el momento, los científicos sólo tienen hipótesis sobre el verdadero mecanismo. No obstante, los resultados obtenidos en pacientes con trastornos auditivos sugieren que la estimulación con ultrasonido podría aplicarse, en un futuro, a su rehabilitación.